

Efraín Huerta:

Soy irreflexivo, indisciplinado, ignorante

Elvira García

Aquel día, a esta entrevistadora le faltó algo esencial: mirar dentro de los ojos de Efraín Huerta mientras respondía mis preguntas. Porque, ¿qué es una entrevista? Es la intención de entrever, descubrir algo desconocido del personaje a quien se interroga. Entrever: retirar el velo que, como suave hoja de cebolla, envuelve el misterio de una vida. Entrever: resolver el enigma que hay detrás de una mirada triste o de una sonrisa sarcástica. Para que esta fascinante e inquietante tarea arroje resultados, hay que hacerla *tête à tête*. La entrevista es un acto de dos que se miran a los ojos mientras hablan. De alguna forma, es un acto de amor y de confianza.

En 1977, las circunstancias de salud del poeta y prosista Efraín Huerta imposibilitaban esa forma de entrevista: en 1973 perdió la voz luego de una laringectomía; tres nódulos cancerosos habían tomado su laringe como alojamiento. En aquellos instantes cruciales para Efraín, como para todos los que se enfrentan al cáncer, lo fundamental es conservar la vida, los saldos se procesarán después, como trofeos de batalla.

El poeta y crítico cinematográfico vivió todavía nueve años después de esa operación “de caballo”, como decía él. Jamás dejó de comunicarse; su herramienta desde siempre era la palabra escrita. Así, la letra a máquina acortó la distancia e hizo fácil lo difícil: Efraín resolvió el cuestionario que una tarde le entregué. Me lo devolvió risueño, con esa sonrisa de “aquí no pasa nada”, en papel revolución y con un pequeño dinosaurio dibujado con tinta negra, en un rincón de la última hoja. Cuan-

do leí las respuestas, encontré que la voz del prosista nunca se fue; estaba allí, en lo profundo de su ser, generoso y valiente.

La entereza con la cual Efraín Huerta enfrentó sus males físicos era conmovedora. Su sonrisa removía emociones, lo dejaba a uno sin saber que decir. Cinco años después de aquel singular diálogo, Efraín murió, cansado tal vez de aferrarse a la vida con uñas y dientes. Y con tanta furia amorosa.

Una primera versión de esta *sui géneris* entrevista, la publiqué en la revista *Proceso*, el 30 de abril de 1977. Esa misma se reprodujo hace poco, en el libro *El otro Efraín*, que acaba de publicar el Fondo de Cultura Económica, en el centenario del nacimiento del poeta que nació en Silao, el 18 de junio de 1914.

Esta es una segunda versión, con algunos cambios y agregados:

VIVIR CON FURIA

Se decía: El Gran Cocodrilo. Confesaba que escribía un poema durante el alto de un semáforo. Se identificaba con el cocodrilo simplemente por la pereza. Se enojaba si le hablaban mal de Sofía Loren. Presumía ser, en la zoología fantástica, el único ejemplar hijo de un saurio y de una paloma azul.

También confesaba que el cáncer le hizo lo que el aire a Juárez, pero que la poesía lo tenía agonizante por-



Efraín Huerta, Andrés Henestrosa, José Revueltas y Pablo Neruda

que no lo dejaba ni un minuto en paz y que, después de todo, vivía y bebía como desesperado. Ese hombre, qué duda cabe, era Efraín Huerta. Ese Gran Cocodrilo murió el 3 de febrero de 1982, ya casi por cumplir los 68 años de edad.

Mucho antes de que Efraín recibiera en 1976 el Premio Nacional de Lingüística y Literatura, el gobierno de Francia le entregó las Palmas Académicas en 1945. Y no fue hasta 1975 que la élite literaria que otorga premios en México lo reconoció con el más prestigiado galardón de esa época, el Xavier Villaurrutia. Pero hasta 1977, fecha de esta entrevista, ninguna de las condecoraciones literarias había conseguido que su poesía se reuniera en un solo volumen; fue en 1988, seis años después de muerto Efraín que el Fondo de Cultura Económica realizó por primera vez esa tarea. La obra poética del guanajuatense padeció, aunque hoy se niegue, una especie de ninguneo por lo bajo; ¿por qué? ¡Vaya usted a imaginar!

Los apellidos de Efraín eran Huerta y Romo. Él creó una forma singular, divertida y breve de poesía que bautizó *poemínimos*. Según él, podían leerse en el alto de un semáforo. Y era cierto. Su prosa surgía como una conversación, ligera y divertida pero también crítica y amarga. Saborearla en los diarios fue un regalo para sus lectores de aquel tiempo.

—¿Cuál fue la circunstancia de la vida por la que escribió el primer poema?

—Circunstancias del paisaje en el Bajío guanajuatense y circunstancias idolátricas que todavía perduran: el amor al Padre Hidalgo, tan poderoso como el que le tengo al señor Morelos. El poema se llamó así,

precisamente: “Poema del Bajío” y fue publicado en un periódico de oposición, claro está, en el año de 1932.

—¿Existe o existió para usted alguna vez el conflicto de creación? Es decir, preguntarse: ¿es esto lo que quiero, y para qué sirve?

—Nunca me he preguntado para qué sirve un poema, ni siquiera al estar escribiendo poemas de encargo como “El Canto de la liberación europea” o “Declaración de guerra”. El poema “Mi país, oh, mi país” lo escribí al amparo de la indignación por la forma en que el gobierno del casi beatificado Adolfo López Mateos reprimió a los maestros y a los ferrocarrileros. Este poema fue dictado de un tirón al mediodía del 4 de abril de 1959.

Huerta es y será siempre el hombre y el poeta militante de la izquierda política más auténtica y que él llamaba: “primitiva”. Sus poemas son producto de la línea vertical aceptada desde sus años juveniles, allá en Silao, en Irapuato, y también en Querétaro, cuando hacía sus pininos literarios y políticos en periódicos escolares. Era el poeta que no acababa nunca de llenarse; el militante que no se doblegaba, que honraba y cantaba por la libertad de los pueblos, que ardía y se rebelaba contra los otros, los tiranos.

—¿Tiene usted una disciplina de trabajo como la de algunos novelistas o poetas?

—No planeo nada y carezco de disciplina. Sí, ya sé que se nota, pero así ocurre. Abomino del cuero duro en la creación, y me río de quienes dicen que escriben de ocho a doce, o de la una de la madrugada a las ocho de la mañana; ¡esas son mañanas oficinescas!

—Un poema se escribe por amor, felicidad, rabia, ¿bajo qué sentimiento escribe usted?

—Hace muchos años se escribía, yo al menos, por todo. Hoy solamente escribo por amor y porque me divierte mucho haciéndolo, sobre todo *poemínimos*, esa formita poética que tanto irrita a cierta crítica y que tantos imitadores tiene ya, infelizmente. Digo infelizmente porque si bien todo cabe en un *poemínimo*, hay que saberlo acomodar.

En aquel tiempo, año de 1977, si uno quería ver a Efraín Huerta, sólo bastaba con tocar la puerta. Desde la calle, uno lo podía mirar, pegado a la ventana, observando como un niño todo lo que abajo sucedía. Era un hombre de engañoso cuerpo joven y rostro marcado por el paso del tiempo. Se rodeaba de libros que cuidaba afanosamente, sacudiéndolos, revisándolos y reconstruyéndolos como un gran cirujano.

—¿Cuál es el alimento de un poeta? ¿De qué se nutre para continuar escribiendo?

—Lo ignoro. Yo en algún sentido creo estar sobrealimentado; en otro, sobrebebido, pero en fin, mi alimento básico es la alegría, siempre el paisaje; ahora el michoacano. Por proteínas no paro, y si le agregamos un buen trago, todo alcanza a la perfección... o casi.

—Durante algún tiempo se consideró la poesía como literatura para élites, ¿este concepto ha cambiado en México?

—De todo hay. *Muerte sin fin* fue el poema más famoso. Se editaron, en 1939, quinientos ejemplares, circuló poco. Mejor dicho, casi nada. Muchos años después, en los almacenes de la Editorial Cvltvra, se hallaron docenas de ejemplares. Quiere decir que fue una élite la que impulsó, hacia una merecida fama, un poema críptico, un poema que a mí, en lo personal, no me parece genial.

—¿Podría decirme ahora por qué no existe un *boom* poético, así como lo hay de prosa latinoamericana?

—Bueno, en México se gesta un pavoroso *boom* poético, auspiciado por la recién nacida Asociación Nacional de Poetas (Andepo), cuya presidenta es la guapetona Nina Legrand. Los consagrados tendrán que esconderse en la montaña o en la Casa de la Cultura de Aguascalientes. Si lo considero prudente, yo me iré a Cocula, a refugiar con mi amigo el alto poeta Elías Nandino.

—¿Usted cree que los poetas en México tienen dificultad para salir adelante y para publicar?

—¿Sólo en México tiene tropiezos el poeta? Yo sospecho que en todo el mundo. Y son muchos; desde los familiares y los sociales hasta los editoriales. Pero bueno, quien más tropezones padeció fue un joven genio llamado Rimbaud. Miles de jóvenes poetas tropiezan; caen y se levantan y se entregan a los juegos florales. Son felices, cargados de flores naturales.

La infancia de Efraín Huerta estuvo llena de panes, melones, fresas; los Santos Reyes; margaritas sobre el ataúd de su hermana Melita. Todo eso vivido en el barrio de Las Cuatro Esquinas, en Irapuato, en donde hizo párvulos y segundo de primaria y donde vivió de atole, piloncillo y frijoles, envuelto en la miseria. Luego, cuando creció un poco, se trasladó con la familia a León, en donde su madre tuvo que tejer colchas con hilaza, para sobrevivir.

Efraín, mientras tanto, vendía periódicos, repicaba las campanas de la iglesia, y ponía en su sitio los puentes de madera que las terribles lluvias tiraban.

—¿Se siente un poeta completo?

—Soy irreflexivo, indisciplinado, ignorante. Casi nunca corrijo. Luego entonces, siempre seré, prácticamente, un incompleto. Además, me falta Sofía Loren.

—Efraín, ¿cree usted que el reconocimiento tardó a su obra tiene algo que ver con la posición política que usted ha adoptado?

—Nada absolutamente. Soy militante de la mejor izquierda: la primitiva, desde 1935, no la izquierda de porros. En ese año aparece mi primer libro y la crítica me favorece con magníficas notas. También me estimularon Rafael Solana, Rafael Alberti, Carmen Toscano de Moreno Sánchez, don Genaro Estrada, Álvaro Arauz, don Agustín Velázquez Chávez y otros. Luego, en 1956,



Efraín Huerta hacia 1949

los bravos editores de *Metáfora*, Jesús Arellano y A. Silva Villalobos, me publicaron: *Estrella en alto*. Me sacaron de algo parecido al olvido; no era olvido de nadie, sino pereza mía.

A Efraín se le escondió la voz que nace en la garganta. Sin embargo, su voz interna no murió; más bien la encauzó sobre una ruta que conocía mejor desde adolescente: la escritura. Con ella, luego del cáncer que lo atrapó antes de cumplir los 60 de edad, siguió creando maravillas, llenas de gracia, brevedad, agudeza. También las entrevistas que respondía por escrito eran divertidas y sarcásticas, como sus *poemínimos* en los cuales, según él, todo cabe sabiéndolo acomodar.

—Usted ha escrito poemas de odio por la ciudad, ¿en verdad la odia?

—No la odio. Las pobres ciudades, ¿qué culpa tienen de mi neurosis? Cuando escribí “Declaración de odio” (a la Ciudad de México), en la prepa y en la Facultad de Leyes mis íntimos me llamaban *El Flaco Neurás*. Además, tú sabes que del odio al amor no hay más que un paso... a desnivel. Resultado: así nació mi libro *Círculo Interior*. ¿Esta claro? Praga es mi novia; México es mi ciudad amante, amantísima; la ciudad de Morelia, Michoacán, es mi pasión.

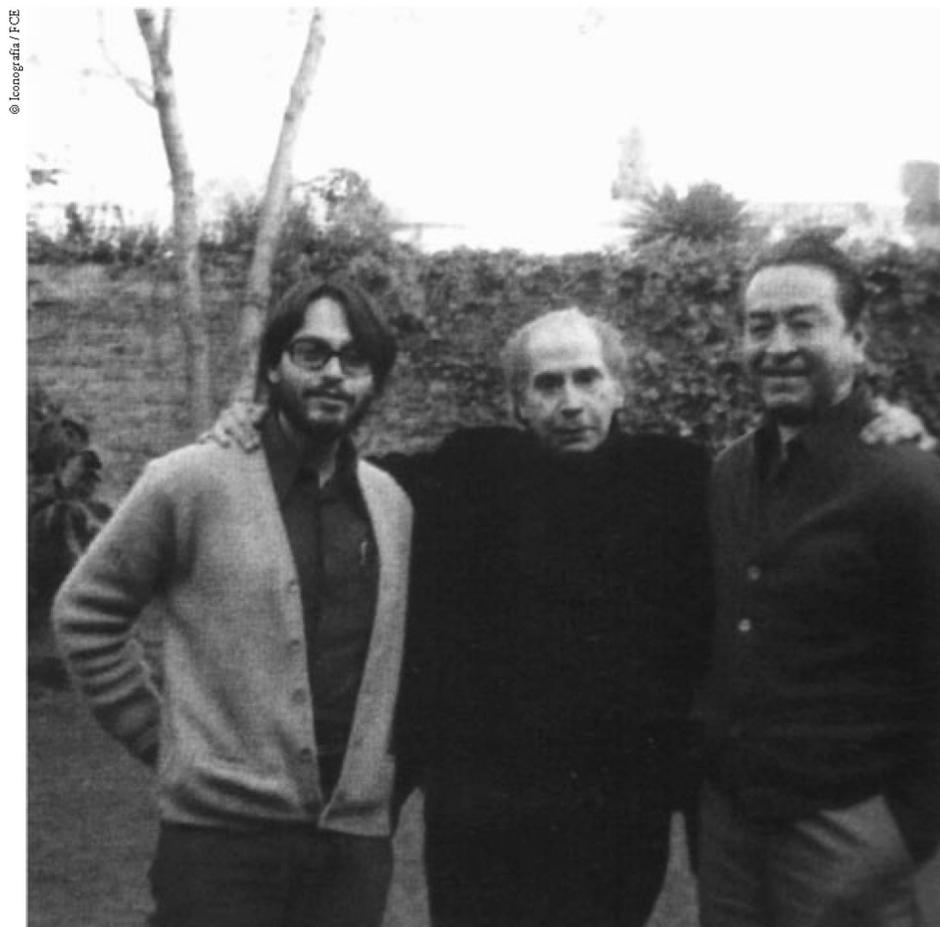
Efraín Huerta confesaba en ese entonces, acordándose de su infancia, que había sido malo para jugar canicas y peor para volar “güilas” y papalotes y que las primeras melodías que aprendió fueron “El prisionero

de San Juan de Ulúa” y “Un viejo amor”, las cuales interpretaba mientras su madre tejía colchas que vendía en una miseria, pero que daban para comer.

Huerta fue reconocido en 1978 con el Premio Nacional de Periodismo, en la categoría de divulgación cultural, por su paciente trabajo en el suplemento “El Gallo Ilustrado” del periódico *El Día*. En su tarea poética fue, al lado de Ernesto Cardenal, Mario Benedetti y Roque Dalton, uno de los exponentes más claros y brillantes de la poesía política latinoamericana. Escribió más de 20 libros de ese género y aunque el reconocimiento oficial llegó tarde, su obra está allí, en las manos de muchos jóvenes que son, al final de cuentas, los que más le interesaban a ese creador.

—Efraín, una última pregunta: usted en alguno de sus poemas dice: “Esta conspiración de la vida para hacer más larga mi agonía”, ¿se refiere al cáncer que padeció?, ¿qué podría decir al respecto?

—Se impone la vulgaridad. Todo lo que vivo ahora, después de 1973, es ganancia. “Ya lo salvamos de la muerte”, me dijo el cirujano Roberto Garza (médico del IMSS), “ahora queremos que usted aprenda nuevamente a vivir...”. Y en eso estoy, a mis endemoniados 63 años, viviendo con furia, bebiendo con verdadero placer y trabajando como un ángel. Después de todo, en la zoología fantástica, soy el único ejemplar de hijo de un saurio y de una paloma azul. El Gran Cocodrilo. Eso soy. **U**



David Huerta, Luis Cardoza y Aragón y Efraín Huerta, 1976